

El contenido del Fondo “Eric Wolf” del CIESAS

VIRGINIA GARCÍA ACOSTA

El Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), como espacio especializado en áreas del conocimiento social, reconoce la importancia de las bibliotecas y sus acervos en el desarrollo de la investigación y la docencia. El Centro cuenta con un sistema de siete bibliotecas, creadas al mismo tiempo que sus respectivas unidades en la República Mexicana, que reciben un acervo inicial que se enriquece con el paso del tiempo por medio de compras, canjes con instituciones y organismos nacionales e internacionales, así como donaciones de valiosas bibliotecas personales. Es el caso del Fondo “Eric Wolf”, donado al CIESAS por Sydel Silverman.

Grandes pensadores sociales han confiado en el CIESAS para resguardar sus libros, documentos y archivos. Así, la institución se ha beneficiado con donaciones distribuidas en nuestras bibliotecas, entre las que se cuentan las colecciones de los tres fundadores del Centro: Ángel Palerm, Guillermo Bonfil Batalla y Gonzalo Aguirre Beltrán. Varios de nuestros investigadores o profesores también han donado sus acervos: Carmen Castañeda, Víctor Franco, Luisa Gabayet, Virginia Molina, Carmen Ramos, Jan De Vos, Carmen Viqueira y Arturo Warman. También se han recibido acervos de académicos de otras instituciones, como Pedro Carrasco, Jane Collier, Martin Diskin, Miguel Ángel Gómez Ventura, Charles A. Hale, Jean Meyer, John Murrá, Raúl Prieto Río de la Loza, Victoria Schussheim, Jesús Sotelo Inclán, Jorge L. Tamayo, María Guadalupe Urzúa Flores y Verónica Veerkamp. Todos ellos han mostrado su generosidad al CIESAS, directamente o a través de sus herederos, al elegirlo como el destino de sus bibliotecas y documentos, para que sean inventariados, catalogados y sobre todo consultados.

Gracias a estas donaciones el patrimonio documental del CIESAS en sus siete bibliotecas ha alcanzado cerca de 400 000 volúmenes. Agradecemos especialmente a Sydel Silverman, viuda de Eric Wolf, esta donación y su confianza en el Centro y en su misión en la producción y la difusión del conocimiento científico. También expresamos nuestra

VIRGINIA GARCÍA ACOSTA

Centro de Investigaciones y Estudios
Superiores en Antropología Social-
Distrito Federal, México
vgarciaa@ciesas.edu.mx

**Eric Wolf: las fuerzas
que lo forjaron**

SYDEL SILVERMAN

Recordando a Eric Wolf

JUAN VICENTE PALERM

**El trabajo e influencia
de Eric Wolf**

GUSTAVO LINS RIBEIRO

Desacatos 46,
septiembre-diciembre 2014, pp. 174-189

gratitud a quienes intervinieron en este proyecto: Patricia Torres y Teresa Rojas, Tonatiuh Guillén y Gerardo Gutiérrez. El Fondo “Eric Wolf” contiene aproximadamente 600 volúmenes en libros, revistas, folletos y separatas. El material monográfico y las revistas ya se han catalogado, clasificado e integrado al catálogo en línea del Sistema de Bibliotecas del CIESAS, que puede ser consultado en cualquiera de nuestras sedes a través de la valija institucional, que distribuye nuestros libros cada semana en todas las unidades a petición de estudiantes o investigadores.

El Fondo resguarda una vasta colección de obras con dedicatorias a Wolf escritas de puño y letra de sus autores, entre ellas las de Guillermo Bonfil, Leonel Durán, Enrique Florescano, Enrique Krauze, Román Piña Chan, Gustavo Lins Ribeiro o Arturo Warman y otros estudiosos especializados en temas relacionados con América Latina, lo que evidencia la extensa red de relaciones académicas que Wolf construyó a lo largo de su vida profesional, en particular en México. Precisamente en la traducción al español de *Envisioning Power*, que el CIESAS publicó en 2001 con el título *Figurar el poder*, Wolf reconoció a algunos de estos colegas y amigos de la siguiente manera: “Por orientarme en relación con las fuentes y compartir sus propios textos conmigo, quisiera expresarles mi sincero agradecimiento a Johanna Broda, Enrique Florescano y Alfredo López-Austin” (p. 12). En el mismo libro reconoce que su interés por México en general, y por los aztecas en particular, “data de 1951, año en que visité México por primera vez, en donde aprendí mucho de lo que sé gracias a Pedro Armillas, Ángel Palerm, René Millon y William T. Sanders” (p. 12). Eric Wolf estuvo desde muy temprano interesado en México y, gracias a su relación profesional y personal con Ángel Palerm, cerca del CIESAS desde su fundación en 1973 como Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia (CIS-INAH). De su vida y obra dan testimonio los tres textos que conforman la sección “Legados” de este número de

Desacatos, presentados el 22 de abril de 2014, día del lanzamiento oficial del Fondo “Eric Wolf” de la Biblioteca “Ángel Palerm” del CIESAS. 



Eric Wolf: las fuerzas que lo forjaron

SYDEL SILVERMAN

Traducción: Patricia Torres Mejía

Es un honor y un placer estar hoy con ustedes. Eric hubiera estado muy contento de saber que muchos de sus libros están aquí, porque amaba a México, tenía alta estima por el CIESAS [Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social] y se sentía muy cercano a Ángel y a la familia Palerm. Consideraba a Ángel su hermano mayor. Es adecuado que hoy hable de las fuerzas que lo conformaron, porque Eric no creía en lo individual como algo autodeterminado o como una entidad aislable. Aprendió de Norbert Elias, a los 17 años, que cada persona es una intersección de múltiples roles sociales, un producto de procesos sociales, así que trataré de reconstruir cómo Eric llegó a ser una persona y el antropólogo que conocimos.

Al trazar su historia familiar, una se sorprende por la manera en que ésta se expandió a través de fronteras tanto físicas como culturales y por la certidumbre de Eric acerca de que ello formó su noción del mundo como interconectado. Del lado paterno, su familia vivió al menos desde el siglo xvii en Moravia, dentro del Imperio Austro-húngaro, y se mudó a Viena a mediados del xix, cuando se otorgó a los judíos la libertad de residencia. Aunque en la familia hubo algunos *hazzanes* o cantores, ya en la generación del padre de Eric la familia era totalmente secular. Arthur Wolf, su padre, el menor de cuatro hermanos, quedó huérfano a edad temprana. A

los 14 años Arthur ya era aprendiz en la fábrica textil donde trabajó su padre. Autodidacta en idiomas y literatura, fue ascendiendo dentro de la compañía y a los 20 años viajó dos veces a Sudamérica como agente de ventas de la empresa. Hizo el servicio militar obligatorio y al estallar la Primera Guerra Mundial fue llamado como oficial —aseguraba ser el judío con más alto rango en el ejército austriaco—. Fue herido de gravedad en su primera acción de batalla. El hospital al que lo llevaron fue tomado por los rusos por lo que se convirtió en prisionero de guerra. Estuvo cinco años en Siberia, pero como oficial disfrutó de ciertos privilegios y libertad de movimiento. Con su círculo de amigos oficiales leía y discutía libros, montaba obras de teatro y de vez en cuando se aventuraba a visitar pueblos de Siberia.

Su familia materna era de Ucrania. Sebastian Ossinovsky, padre de su madre, María —o Mura—, emprendió varios negocios, entre ellos una editorial que publicó un periódico en inglés. A causa de su participación en la fallida revolución de 1905, Sebastian y su familia fueron obligados a huir a Nîmes, Francia. A los dos años se les permitió volver a Rusia, pero sólo al lejano este y bajo la tutela de Leonj Skidelsky, un pariente poderoso. Leonj había ganado la concesión para la construcción del último tramo de la vía del Ferrocarril Transiberiano y los derechos para explotar las minas de carbón y los bosques requeridos para abastecer al ferrocarril. Los Ossinovsky, incluidos Mura y sus cinco hermanos, se establecieron en Vladivostok, cerca de la frontera con Manchuria y Corea, donde Sebastian trabajó como representante de las minas de carbón Skidelsky. Mura estudió medicina ahí.

Arthur Wolf, siendo prisionero de guerra, ideó convertirse en profesor de idiomas y bajo esa careta conoció al hermano de Mura, oficial ruso que simpatizaba con los bolcheviques. En 1919, a causa del desorden provocado por el movimiento revolucionario, se relajó el control sobre los prisioneros y Arthur se encontró en Vladivostok sin saber a dónde

ir. Tocó a la puerta de los Ossinovsky, fue invitado a pasar y allí conoció a Mura. La familia lo tomó como tutor de los hermanos menores y también como guardaespaldas, ya que el secuestro de infantes era común. Arthur cortejaba a Mura con cartas de amor. Cuando los prisioneros fueron repatriados, Mura se fue con él y se casaron en Estrasburgo. Se establecieron en Viena y un año después, el 1 de febrero de 1923, nació Eric. El idioma en común de Arthur y Mura era el francés, que fue la primera lengua de Eric.

Entre tanto los bolcheviques tomaron Vladivostok. Los padres y dos hermanos de Mura se trasladaron a Harbin, en China. Sebastian trabajaba en la mina de los Skidelsky que daba servicio a la extensión del Ferrocarril Transiberiano en Manchuria. En Harbin prosperó en otros negocios dentro de la vibrante comunidad judía. Vivió hasta 1940 y, aunque Eric no lo conoció, Sebastian tuvo una fuerte presencia en su vida. Los hermanos de Mura se mudaron a Estados Unidos, Austria y Shanghai, pero el menor, uno de los tíos de Eric, se quedó en Harbin mucho después de la Revolución china hasta que en 1964 fue obligado a salir y se estableció en Suiza.

En todos sentidos, Eric, como hijo único, era un terror y tenía la tendencia a inventar bromas de todo tipo. También tuvo una conciencia política temprana. A los 10 años, en 1933, escribió una postal a su padre, que viajaba por negocios. Eric describió a los nazis que vio en un desfile del 1 de mayo en Viena y los ridiculizó, incluyendo a Hitler. Luego agregó en una posdata: “Perdona que tenga un poco de actitud política, pero estos tiempos lo requieren”. Eric pasó su adolescencia temprana en los *Sudentenlad* [Sudetes] —Checoslovaquia—, en la ciudad industrial de Tannwald, donde su padre era el director de una fábrica textil. Eric era muy consciente de las pugnas étnicas entre alemanes y checos. También observaba que las prácticas de la era capitalista de la fábrica de su padre para abatir la Depresión impactaban a la clase obrera, con cuyos hijos

jugaba en las calles. Asistía a un bachillerato alemán. Dos compañeros de clase quedaron arraigados en su memoria: uno era un rufián entusiasta de las juventudes nazis —que robó la bicicleta de Eric y su colección de sellos cuando fue obligado a emigrar— y el otro era su mejor amigo Kurt Loeffler, cuyos padres católicos socialistas se ofrecieron a ocultar a la familia Wolf cuando llegaron los nazis a Tannwald. Kurt, un artista en ciernes, fue reclutado y murió en el frente ruso, en la misma guerra en la que Eric luchó del lado opuesto.

En 1938, cuando los nazis ocuparon Austria, el padre de Eric logró enviarlo a Inglaterra. Allí se inscribió en la Escuela Forestal. No hablaba una sola palabra de inglés, pero al terminar el año ganó el premio al mejor ensayo en inglés. Estaba igualmente orgulloso de su premio como el mejor recluta paramilitar. Los que conocieron a Eric como un hombre amable y un caballero se sorprenderán al enterarse de su etapa militarista, pero como testigo de la violencia en su mundo él estaba decidido a enfrentarla y no a huir de nuevo. En la Escuela Forestal se encontró por primera vez con las ciencias naturales, ya que éstas no se enseñaban en el bachillerato alemán. Fuera de la escuela empezó a leer libros del English Left Book Club —Club Inglés de Libros de Izquierda— y de la Open University —Universidad Abierta—, que fueron su introducción al marxismo.

Mientras los británicos se preparaban en 1940 para una invasión esperada, reunieron a todos los varones de cierta edad identificados como extranjeros enemigos por sus pasaportes. Eric compareció ante un tribunal cuya tarea era separar a los refugiados inocentes de aquellos que ponían en riesgo la seguridad. Había tres categorías: los que con certidumbre eran antinazis, los reconocidos simpatizantes de los nazis y una categoría intermedia de “sospechosos”. Le preguntaron: “¿Opina que todos los nazis son malos?”. Eric respondió: “Es más complicado que eso”. Por este motivo fue asignado

a la categoría de sospechoso y enviado a un campo de internamiento. Los internos, en su mayoría judíos y socialistas, trataron de conservar la cordura organizando conferencias y debates. Ahí conoció a Norbert Elias y tuvo su despertar a las ciencias sociales. Su breve estancia en el campo marcó un cambio de vida para él.

Los primeros años de Eric estuvieron enmarcados por los acontecimientos trascendentales de la primera mitad del siglo xx: la Primera Guerra Mundial, la Revolución rusa, la disolución del imperio de los Habsburgo, los conflictos étnicos y de clase en Europa central, el surgimiento del nazismo, la aparición de la izquierda ilustrada en Inglaterra y la Segunda Guerra Mundial. Éstos fueron más que contexto en su vida, fueron componentes de su experiencia. Los padres de Eric lograron seguirlo a Inglaterra y en junio de 1940 los tres abordaron uno de los últimos barcos de pasajeros con permiso para cruzar el Atlántico, de nuevo patrocinados por un Skidelsky. Se establecieron en Queens, Nueva York, y Eric tuvo su primer trabajo: como él lo describió, en la casa de la muerte de la granja de pollos de sus parientes. Entró al Queens College en otoño. Intentó estudiar química, como deseaba su padre, pero —como él decía— sus experimentos estallaban o se tornaban del color equivocado. Por accidente, se encontró con un curso de antropología —sobre culturas de Asia— y descubrió que todo lo que siempre le había interesado era, de hecho, un tema académico.

En 1943, Eric dejó la universidad para unirse al ejército de Estados Unidos y en el proceso adquirió la ciudadanía estadounidense. Rechazó el entrenamiento de oficial y en su lugar solicitó ingresar a la Décima División de Montaña, tropas en esquís, integrada básicamente por europeos con estudios, bien educados y expertos en montañismo. Le gustaba ser soldado y se enorgullecía de saber que él, un muchacho judío de Viena que alguna vez tocó el violín, podía disparar como los mejores de ellos. Los altos

mandos del ejército eran hostiles hacia la División y la confinaron a un campamento en Texas hasta finales de 1944, cuando las tropas aliadas estaban paralizadas en su marcha hacia el norte vía Italia porque las tropas alemanas se habían atrincherado en las altas montañas. La unidad de Eric fue llamada a acción e hizo una heroica escalada nocturna por un acantilado impenetrable con el fin de tomar una ubicación estratégica. Pero en el asalto recibió un disparo en la cabeza, y por una fracción de pulgada no se convirtió en un vegetal. Se recuperó, aunque con daños de audición de por vida. Para entonces la guerra en Europa había terminado y Eric fue enviado al Véneto para interrogar a prisioneros de guerra alemanes e identificar a los que fueron miembros de las ss [Schutzstaffel, escuadrón de protección de Hitler y del Partido Nacionalista], lo que hizo revisando si tenían el tatuaje correspondiente en sus axilas.



Retrato de credencial escolar de Eric Wolf.

La mención de la Estrella de Plata de Eric dice que mató a ocho alemanes. Cuando años más tarde mi hija le preguntó si no se sentía mal por ello, él respondió que lamentaba no haber matado a más. A pesar de su profunda participación en el movimiento contra la Guerra de Vietnam, Eric no era pacifista. Se opuso a guerras estúpidas, innecesarias e injustas, incluidas las guerras campesinas sobre las que escribió. Su experiencia en la Segunda Guerra Mundial tuvo un efecto profundo en su visión del mundo. Decía que era imposible imaginar, sin verlo, la faceta de poder absoluto que la armada estadounidense podía presentar. Para él, desde entonces, el poder nunca fue una abstracción.

Después de la guerra, Eric regresó al Queens College y rápidamente terminó sus estudios. Ya calificaba para el G. I. Bill, que pagó sus estudios por ser veterano. Decidido a estudiar antropología y por consejo de Hortense Powdermaker, solicitó su ingreso a la Universidad de Columbia. Sus compañeros de generación eran una nueva especie de estudiantes: veteranos con cicatrices de batalla, políticamente de izquierda, impacientes por encontrar respuestas a preguntas de la vida real. Columbia, entonces dominada por el culturalismo, tenía poco para satisfacerlos, por lo que formaron su propio grupo de estudio que llamaron la Sociedad de Agitación Mundial, el famoso MUS por sus siglas en inglés (Mundial Upheaval Society). Entonces Julian Steward llegó a Columbia. Su ecología cultural materialista atrajo a estudiantes del MUS y cuando recibió financiamiento para llevar a cabo un estudio de la isla de Puerto Rico ya contaba con su equipo para campo: Eric, Sidney Mintz, Robert Manners, Elena Padilla y Stanley Diamond, entre otros.

El estudio de Puerto Rico fue uno de los primeros intentos por abarcar la totalidad de una entidad nacional o lo que entonces se llamaba una “sociedad compleja”. El marco propuesto por Steward daba un lugar central a la base productiva. Los miembros del equipo trabajaron en diferentes

entornos ecológicos característicos de la diversidad agrícola de Puerto Rico. A Eric le asignaron los cultivos de café de pequeños campesinos en las tierras altas centrales. Steward los dejó solos. De hecho, parece que los visitó sólo una vez, cuando les expresó su consternación porque habían distorsionado lo que habían aprendido de él y no estaban siguiendo su teoría. Mientras trataban de entender lo que observaban, Eric y Sid en particular iban más allá de la ecología local y vinculaban los contextos políticos y económicos de sus comunidades. En ese momento, ellos fueron incluso más lejos del culturalismo de sus otros maestros. En una carta que Eric escribió a Morton Fried, cuando ambos estaban en el campo, menciona el deceso de Ruth Benedict y añade: “Que ella y sus ideas descansen en paz”.

Steward esencialmente abandonó el trabajo y dejó que Eric y Sid integraran el volumen que abarcaba los resultados de todo el proyecto. Cuando se pusieron a trabajar, se dieron cuenta de que debían considerar la historia colonial de Puerto Rico para darle sentido al proyecto. Eric añadió una sección introductoria sobre la historia de la isla. Sin ser del todo conscientes de ello, estaban conformando una economía política históricamente situada, lo que se convertiría en el sello distintivo del futuro trabajo de ambos. El proyecto de Puerto Rico no fue para Eric la introducción a la idea de una antropología del mundo moderno. Más bien, era consistente con la visión de la antropología que siempre había tenido y que nunca asimiló con el estudio de sociedades primitivas. Incluso como estudiante, pensaba en cuestiones más amplias sobre las civilizaciones y sus conexiones a través de las fronteras. Mientras escribía su tesis, por ejemplo, escribió el artículo “La organización social de la Meca y los orígenes del Islam”, al que describió como una especie de descanso de su tesis.

Después de que Eric obtuvo el doctorado en 1951, permaneció cuatro años sin un trabajo regular. Técnicamente era un investigador asociado de

Steward. Siempre se sintió atraído por México y ya hablaba español, por lo que solicitó una beca para hacer el trabajo de campo ahí. Su plan era estudiar la industria de la minería de plata en Guanajuato, pero un entorno violento en la mina y un cura hostil hicieron imposible su trabajo de campo. En su lugar, miró hacia la historia: su estudio sobre la historia del Bajío le dio la oportunidad de explorar otro conjunto de intereses sobre los procesos de formación de la nación. Así fue como conoció a Ángel Palerm. Con su trabajo conjunto sobre la importancia del sistema de irrigación prehispánico en el desarrollo cultural iniciaron una colaboración que duró muchos años.

Termino esta historia donde empecé: con Eric en México. 



Recordando a Eric Wolf

JUAN VICENTE PALERM

University of California-Santa Barbara, Santa Barbara,
California, Estados Unidos
palerm@anth.ucsb.edu

Mi presentación tiene un carácter más anecdótico que las anteriores. Trata de recuerdos personales que tengo de Eric Wolf desde niño. Los recuerdos hablan de Wolf y de su estrecha relación con Ángel Palerm y conmigo. La necrología que Eric Wolf escribió para Ángel Palerm, publicada en el *American Anthropologist*, termina diciendo: “Para mí fue como un hermano mayor a quien extrañaré muchísimo”. Reclamo entonces a Eric Wolf como un tío que tuvo una presencia importante en mi vida, tanta o más grande que la de mis tíos naturales: de niño y adolescente fue cariñoso conmigo y curioso de mis asuntos, de aspirante antropólogo me brindó dirección y ánimo, y como colega cuestionó, siempre con crítica aguda pero constructiva, mis propósitos

de investigación. Recorro a algunos recuerdos, vivencias y correspondencia para ofrecer otro perfil, más privado y personal, de Eric Wolf.

Conocí a Eric en 1951 cuando apenas tenía siete años y él 28. De hecho, lo conocí antes que Ángel Palerm. Me acuerdo perfectamente porque me pareció como galán de Hollywood o posiblemente por la impresión que me llevé ese día cuando mi padre regresó a la casa con la mitad de la cara vendada. El caso es que el momento quedó firmemente grabado en mi memoria. Eric tocó a la puerta de nuestro departamento de la calle Ebro en la colonia Cuauhtémoc una noche en busca de mi padre, creo que enviado por Julian Steward —su director de tesis—, quien conoció a Palerm indirectamente por su trabajo en Tajín, patrocinado por el Institute of Social Anthropology de la Smithsonian Institution, que él dirigió. Pensó, con buen tino, que había puntos de convergencia intelectual entre los dos jóvenes recién egresados y que el encuentro les podía resultar beneficioso.

Mi hermano Armando y yo nos encontrábamos solos en la casa esa noche, pues mi padre se encontraba hospitalizado por una infección de ojo. Eric se esforzó por explicarnos con mucha paciencia quién era y por qué buscaba a Palerm, pero la verdad es que no le entendimos absolutamente nada. En retrospectiva, pienso que fue por sus acentos alemán-austriaco y estadounidense encimados sobre su, entonces, castellano boricua. Sacó una libreta de su morral de cuero, que ya entonces usaba como parte de su indumentaria, y escribió una nota que dejó a nuestro cuidado con instrucciones de entregarla a nuestro padre. Sospecho que se retiró de nuestra casa con poca confianza en que los dos esquiñeles completaran el encargo.

El caso es que poco después Ángel Palerm y Eric Wolf se encontraron y dio comienzo una larga, estrecha y fructífera relación que duraría hasta la muerte de Palerm en 1980. Los unió no sólo su interés por una antropología emergente que incluía

de manera central temas y problemas de la sociedad moderna y cuestiones de justicia social, sino sobre todo su condición y experiencia de exiliados, su fraternidad como excombatientes armados contra el fascismo y su intolerancia sin cuartel a cualquier guiso absolutista o totalitario que limitara los derechos individuales y la libertad de pensamiento. Compartieron también el interés por el marxismo “científico” no doctrinario que aplicaron a sus investigaciones y que definió sus muchas discusiones teóricas, no siempre resueltas, pero que alimentaron la investigación empírica de los dos. A final de cuentas, en el prólogo de su *Europe and the People Without History*, Wolf lamentó que Palerm muriera antes de leer su manuscrito, hecho que lo privó de sus penetrantes comentarios. Wolf, sin embargo, tuvo la oportunidad de comentar los ensayos incluidos en el último libro de Palerm, *Antropología y marxismo*.

A partir de 1951, Wolf tuvo una presencia sostenida en mi vida cotidiana. En el verano de 1954 acompañé a Wolf, Palerm y Pedro Armillas en sus extensos recorridos por el Acolhuacan. Más sobre esto después. En 1956 viajé con Wolf y Palerm desde Washington, D. C. al Distrito Federal y de ahí a San Cristóbal de las Casas, pasando por Oaxaca y Salina Cruz. Regresamos en plena temporada de lluvias por la costa del Golfo a Veracruz sobre lo que entonces era una carretera de terracería sin puentes. Calculo que pasé al menos 20 días sentado en el asiento trasero del carro escuchando las conversaciones incesantes de los dos antropólogos, disecando los múltiples y variados paisajes naturales y humanos de Estados Unidos y Mesoamérica. Cuando, mucho después, leí *Sons of the Shaking Earth* me di cuenta de que ya había internalizado mucho del material e ideas que el libro contiene.

En 1957 pasé parte del verano en Charlottesville, Virginia, como huésped de los Wolf. Eric me llevó a Monticello, la casa de Thomas Jefferson, y me enseñó sobre todo la parte productiva de la

plantación, incluyendo las barracas de los esclavos y la colección de apeos agrícolas —paleotécnicos— y, con mucho menos énfasis, la parte doméstica y elegante del palacete “italiano”. Durante la primera mitad de la década de 1960, cuando yo estaba todavía en preparatoria, recuerdo largas conversaciones en nuestra casa sobre Cuba, la campaña electoral que llevó a Kennedy a la Casa Blanca y la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos, incluso en relación con la marcha sobre Washington, donde residíamos en 1963. Durante una visita, leyó con interés un trabajo que escribí para mi clase de inglés sobre la novela *Lord of the Flies*, de William Golding, a partir de la conocida dicotomía Hobbs-Rousseau sobre la naturaleza humana. Me felicitó y me mandó a leer *El origen de la desigualdad entre los hombres* de Rousseau y otra novela de Golding, *The Inheritors*, basada en materiales antropológicos, con los cuales reescribí el ensayo, que fue galardonado por el distrito escolar de mi escuela. También me sugirió leer *Moby Dick*, de Melville —creo que era su novela preferida, pues no fue la primera ni la última vez que me hizo esta recomendación—, cosa que no emprendí sino hasta años después, pero sin lograr entender su fascinación por esa novela.

A partir de 1968 intercambié cartas con él desde España con cierta regularidad. Durante esos años Wolf se encontraba inmerso en su trabajo de campo en Italia, interesado en temas del Mediterráneo, pero también combatiendo las recriminaciones suscitadas en la AAA [American Anthropological Association] por el incidente Tailandia, que siguió sobre los talones del escándalo Camelot, es decir, por el uso de antropólogos para fines militares y para apoyar acciones de contrainsurgencia en América Latina y el sureste asiático. El 5 de enero de 1971 se quejó de la desaparición de correspondencia de su despacho en la Universidad de Michigan, que atribuyó a un robo llevado a cabo por agentes federales y poco después se mudó a Nueva York. Con su permiso, un grupo de estudiantes de antropología en Madrid publicamos y

difundimos sus artículos sobre campesinos, su ensayo sobre la formación de la nación y su artículo “Anthropologists on the Warpath in Thailand”, publicado con Joseph Jorgensen en el *New York Review of Books*, en un momento en que los antropólogos españoles apenas estaban descubriendo los trabajos de Robert Redfield sobre el campesinado y de Pitt Rivers sobre España. Con su asesoría introdujimos al país literatura antropológica actualizada sobre los campesinos y el Mediterráneo. Además, creo que la inquietud que suscitaron los casos Tailandia y Camelot, especialmente entre la juventud, sacudieron a la antropología española que se encontraba todavía en una etapa inocente e ingenua. Por cierto, vale la pena recordar que la amonestación que recibió Wolf de la AAA por levantar el asunto Tailandia en 1970 hace resonancia con la censura que recibió Franz Boas de la misma Asociación en 1919 cuando denunció en una carta publicada en la revista *The Nation* el desempeño de antropólogos como espías, refiriéndose, entre otros, a los trabajos de Sylvania Morley en Yucatán.

Acolhuacan, 1954

Durante varios fines de semana del verano de 1954 una pequeña tropa de chamacos acompañó a Ángel Palerm, Pedro Armillas y Eric Wolf en sus recorridos por el Acolhuacan. Salíamos del Distrito Federal de madrugada, apretados como sardinas en un Jeep Willis destartado que Wolf había manejado con Palerm desde Illinois, parábamos en el mercado de Texcoco para comprar fruta y comida, y subíamos al Tetzcutzingo remontando terrazas sembradas con maíz y magueyes. De ahí, nos encaminábamos sobre los cerros en busca de sitios de interés arqueológico y visitando comunidades campesinas y sus entornos. Una o dos veces al día parábamos en algún paraje remoto donde Armillas, con su bastón, demarcaba ciertas áreas que asignaba

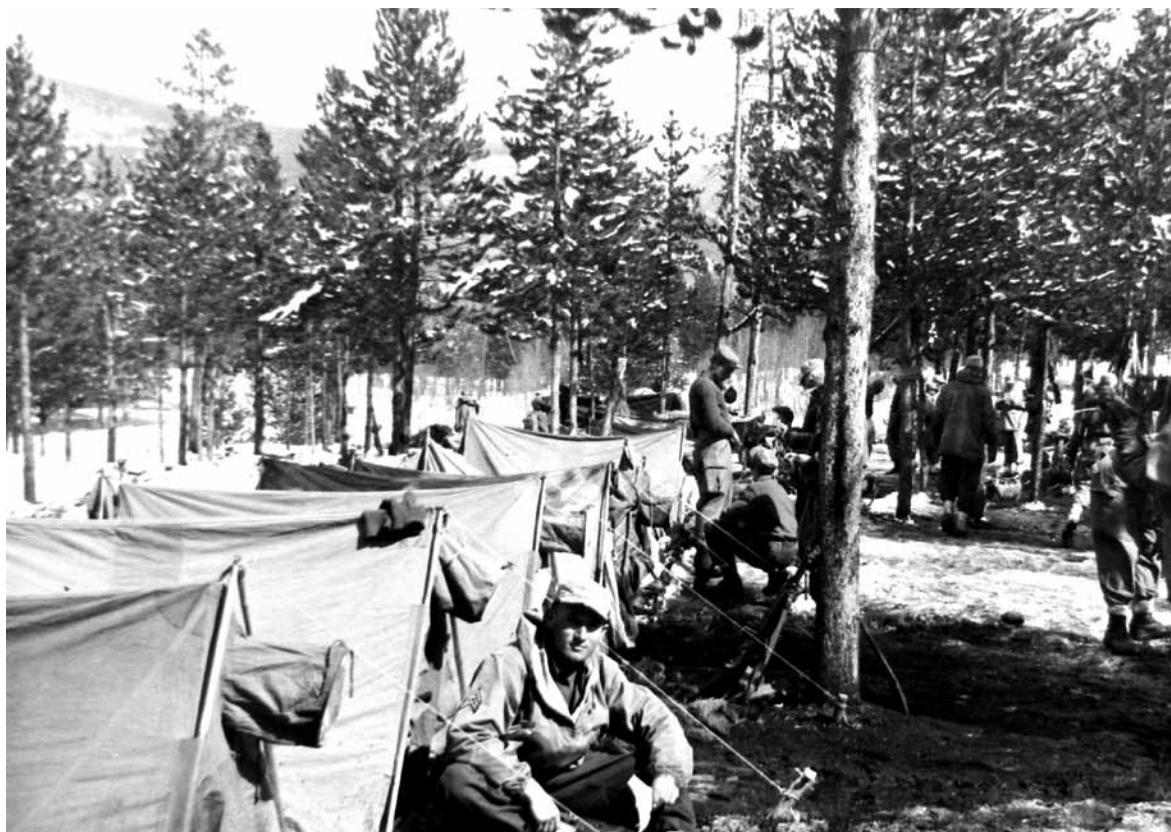
a cada chamaco con instrucciones de recoger todos los tepalcates que pudieran encontrar y meterlos en bolsas de papel numeradas. Armillas, por cierto, cojeaba marcadamente de una pierna debido a una herida que recibió combatiendo el golpe franquista en España. Mientras “cosechábamos” tepalcates y obsidias —las obsidias nos las quedábamos nosotros— los tres mayores se sentaban bajo la sombra de algún pirul donde platicaban y discutían con ánimo y calor no necesariamente temas antropológicos, examinando de cuando en cuando el producto de nuestros esfuerzos.

Años después caí en la cuenta de que dichos materiales fueron utilizados para establecer una cronología tentativa del desarrollo económico, social y cultural del Acolhuacan septentrional y para generar algunas hipótesis de trabajo, que fueron plasmadas en dos artículos escritos por Wolf y Palerm —“Sistemas agrícolas y desarrollo del área clave del imperio texcocano” y “Agricultura de riego en el viejo señorío del Acolhuacan”— que, según los estudiosos del tema, orientaron la dirección de la investigación arqueológica y etnográfica de la región y, además, revitalizaron a la arqueología y a la etnohistoria del Valle de México con nuevas preguntas y problemas.

El impacto de dichos trabajos, en retrospectiva, me sorprende un poco. No sólo por la “cuadrícula” poco ortodoxa de Armillas, quien con su bastón apuntaba y decía: “tú de aquel arbusto a esa piedra y tú de la piedra al árbol”, sino especialmente debido a nuestras prácticas alarmanamente selectivas y prejuiciadas. Pronto descubrimos que ciertos tepalcates recibían bastante atención de los mayores —en particular unos rojos y fragmentos con asas— mientras el resto pasaba más bien inadvertido, de manera que empezamos a buscar y recoger los que evidentemente eran más deseables. Además, en nuestro afán por satisfacer, nos salíamos de nuestros espacios asignados en busca de los tepalcates más apreciados. Ignoro si Armillas controló nuestras arbitrariedades, pero estoy seguro de que la muestra que recolectamos no

cumpliría con los cánones más relajados de la arqueología moderna; sin embargo, las cronologías resultantes pasaron la prueba del tiempo y las hipótesis generadas impulsaron productivamente la investigación y la teoría.

Un día, mientras recorríamos los valles altos cerca de San Jerónimo Amanalco, llegamos a un pequeño manantial —ojo de agua— que inmediatamente atrajo la atención de los jovencitos empolvados y acalorados. Como es natural, empezamos a aventar piedras con la intención de salpicar a los otros, pero apenas habíamos comenzado con esta diversión cuando aparecieron dos hombres vestidos de calzón blanco y cargando una escopeta quienes procedieron a detenernos por dañar el manantial y molestar sus aguas. Nos encaminaron enseguida hacia su pueblo para comparecer ante las autoridades locales. Durante la marcha forzada, Palerm y Wolf platicaban interesadamente con nuestros guardas, mientras Armillas, algo indignado, regañaba con su elevada voz a su hijo Ignacio, que según él había provocado el relajamiento que nos metió en el embrollo. Afortunadamente, a la entrada del pueblo, Wolf convidó a todos refrescos y cervezas, lo cual, y tal vez algo más, logró nuestra liberación. Regresamos al Distrito Federal ya entrada la noche, agotados y empapados por un aguacero veraniego que nos sorprendió en la caminata de regreso al carro. Todos los chicos acabamos con fuertes resfriados, lo que nos tuvo en cama durante varios días. Poco después Wolf contrajo hepatitis y pasó varias semanas convaleciente en casa de mis abuelos. Posteriormente Wolf y Palerm escribieron: “Los manantiales están vigilados estrechamente por los vecinos de San Jerónimo Amanalco para impedir el acceso a los extraños. Según creencia popular, los manantiales están protegidos por guardianes sobrenaturales del agua —singular: *anaki*; plural: *anáke*— que castigan a los que perturban las aguas”. Sin duda que dimos con los guardianes del pueblo y sospecho que también sufrimos con Wolf del poder punitivo de los *anáke*.



Eric R. Wolf en un campamento militar en los Alpes durante la Segunda Guerra Mundial, ca. 1945.

Wolf y Palerm sugieren que las observaciones que completaron sobre la agricultura y las comunidades del Acolhuacan septentrional —en el valle, somontano y la sierra— se prestan a una interpretación “redfieldiana” con base en el paradigma del continuo folk-urbano. Sin embargo, escriben, esto sería falso y llevaría a serios errores. En el presente etnográfico, la agricultura y las comunidades de la sierra se encuentran, sin duda, poco desarrolladas y políticamente marginadas en comparación con las del valle que están fuertemente integradas a la sociedad y la economía urbana, pero las fuentes históricas y los restos arqueológicos señalan que estuvieron en el pasado prehispánico más desarrolladas y perfectamente cohesionadas al señorío acolhua. Describen, entonces, un declive económico,

político y cultural de las comunidades de la sierra desde la Colonia hasta el presente, y concluyen que la situación actual de marginación de las comunidades indígenas no ofrece una guía útil ni verdadera para establecer su situación en el pasado. Esto, a mi parecer, sembró una idea fundamental que poco después desarrollaría Wolf con más filo analítico y teórico en sus conocidos artículos sobre las comunidades campesinas —*e. g.*, “Types of Latin American Peasantry: A Preliminary Discussion” y “Closed Corporate Peasant Communities in Mesoamerica and Central Java”—, y que Palerm sintetizaría más tarde teóricamente en su “Articulación campesinado-capitalismo: sobre la fórmula M-D-M” y otros ensayos incluidos en su *Antropología y marxismo*.

Apalache, 1956

Como mencioné antes, en el verano de 1956 viajé con Wolf y Palerm de Washington a México. Nos trasladamos en un Ford verde del 53 que Wolf acababa de cambiar por su viejo Willis. Los dos adultos decidieron cruzar por los Apalache con el propósito de recorrer partes de Tennessee para, entre otras cosas, observar el paisaje rural del Tennessee Valley Authority (TVA). El TVA, por cierto, fue un proyecto de desarrollo regional basado en un gran plan hidráulico que formó parte del *New Deal* del presidente Roosevelt. Además, Wolf tenía recuerdos nostálgicos del lugar, pues de joven había pasado ahí un verano con el Highlander Folk School en un programa de reforestación, y a Palerm le interesaba visitar el pueblo de Farragut por sus alusiones catalanas. David Farragut, héroe de la Guerra Civil y el primer almirante de las fuerzas navales de Estados Unidos, fue hijo de Jordi Farragut Mezquida, originario de Ciutadella, Isla de Menorca, quien además luchó con los rebeldes en la Guerra de Independencia de las colonias americanas.

Recuerdo que mientras Wolf negociaba la carretera montañosa, angosta y llena de curvas muy cerradas, los dos —uno judío secular y el otro ateo— comentaban con mucho ánimo y risas las advertencias exageradas que un predicador evangelista transmitía con mucha excitación por la radio. “Prepare to meet your Maker and to pay for your sins by burning in hell!” —“¡Prepárate para conocer a tu Creador y para pagar por tus pecados ardiendo en el infierno!”—, exclamaba el predicador mientras Wolf rebasaba a un camión sobrecargado con grandes troncos de madera. El sermón del predicador era, además, puntualizado por las muchas pancartas colocadas sobre los márgenes de la carretera con alusiones religiosas como “Jesus Loves You” —“Jesús te ama”—, “Repent sinners” —“Arrepiéntanse pecadores”— y “Satan wants your soul” —“Satanás quiere tu alma”—.

Hicimos noche en un pueblito cerca de Knoxville, en una casa de huéspedes, el único lugar que encontramos. A la entrada del pueblo habían colgado una gran manta que se extendía de un lado de la calle al otro y anunciaba la celebración de un aniversario de Davy Crockett —los 170 años de su nacimiento—, cosa que me excitó bastante, porque la popular serie de televisión con el personaje histórico estaba en pleno apogeo. Davy Crockett, por cierto, es el héroe popular de Tennessee. Murió en El Álamo, Texas, peleando contra las tropas mexicanas de Santa Anna en 1836.

Cenamos en un pequeño café, también el único que encontramos. Cuando entramos al lugar se hizo un gran silencio y todas las caras de los comensales voltearon hacia nosotros con curiosidad y desaprobación a la vez. Una vez sentados, ordenamos hamburguesas. La camarera nos recordó discretamente que era viernes, insinuaba que debíamos pedir pescado, pero Wolf explicó con igual discreción que no éramos miembros de esa Iglesia y que podíamos comer carne. “Okay, honey, coming right up” —“Enseguida, joven”—, dijo la camarera y desapareció. Al rato regresó con las tres hamburguesas, pero entre el pan, con sus acostumbrados aderezos, habían colocado unos pastelitos de pescado molido —“fish sticks”—. Al salir del café, Wolf le mencionó al cajero, que también hacía de cocinero, que habíamos pedido hamburguesas y nos habían servido pescado. El cajero-cocinero respondió: “Yes, she told me” —“Sí, me dijo la camarera”—. Y, levantando la voz para que los otros comensales pudieran oírlo, añadió: “And you shouldn’t bother coming back for breakfast” —“Y no se molesten en regresar para desayunar”—.

Al día siguiente, sin desayuno y mientras Wolf y Palerm saldaban la cuenta de la posada, el dueño les dijo que deberían hacer algo conmigo porque era un embustero: “Le pregunté de dónde era y me dijo que de México y yo sé perfectamente cómo se ven los mexicanos”. “He’s pulling my leg” —“me está

vacilando”—, agregó. Los adultos le explicaron que, en efecto, era mexicano y que íbamos camino hacia allá. Obviamente molesto, respondió: “Well, you best be on your way cause folks round here don’t appreciate your kind” —“Pues mejor sigan su camino, pues por aquí no nos cae bien la gente como ustedes”—. Una vez en el coche Wolf volteó hacia Palerm y preguntó con cierta incredulidad: “¿Nos corrieron del pueblo, verdad?”. Desconcertados por el rechazo sureño, seguimos el camino hacia Arkansas, pero ya sin desviarnos para visitar ese pueblo de Tennessee llamado Farragut.

En el verano de 1972, cuando el CIESAS [Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social], que primero fue Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia (CIS-INAH), se estaba gestando —como posiblemente algunos de ustedes recordarán—, Ángel Palerm y Eric Wolf organizaron un seminario sobre “Campesinos”, que se celebró durante julio y agosto en el salón de gala del Castillo de Chapultepec. Acudieron como ponentes jóvenes antropólogos latinoamericanistas —Jorge Dandler, Michael Taussig, Jorge Ochoa y Jean Meyer—, estudiosos mexicanos —Arturo Warman, Rodolfo Stavenhagen, Enrique Florescano y Efraín Hernández Xolocotzi— y los especialistas internacionales más reconocidos del momento —el mismo Eric Wolf, Friedrich Katz, Eric Hobsbawm y Teodor Shanin, que en ese momento establecían el *Journal of Peasant Studies*—. Eric Wolf fungió como moderador y Ángel Palerm, como agente provocador. Se trataron temas concernientes a la economía y sociedad campesina, movimientos y rebeliones campesinas, y desarrollo rural contemporáneo, tanto en términos monográficos como comparativos entre casos mexicanos, latinoamericanos y europeos. Los ponentes permanecieron en México durante la totalidad del programa y un nutrido y diverso público acudió a las sesiones, que derivaron en resonadas discusiones polémicas y marcaron nuevas

direcciones para la investigación empírica. A mi entender, el impacto del seminario en México fue considerable y muy estimulante para una nueva generación de campesinólogos mexicanos. Para mí fue crítico, pues el seminario y en especial mis conversaciones con Wolf dieron forma a la investigación de campo que luego realicé en España para mi disertación doctoral, publicada por la Universidad Iberoamericana bajo el título de *Los nuevos campesinos*.

En abril de 1978 me encontré con Eric Wolf en el Aeropuerto Internacional Benito Juárez. Los dos nos dirigíamos a Mérida, Yucatán, para participar en la reunión anual de la Association for Applied Anthropology pero, afortunadamente para mí, nuestro vuelo fue cancelado debido a mal tiempo en Yucatán y pasamos el resto del día encerrados en un hotel del aeropuerto comiendo, platicando y tomando cervezas. Hablamos sobre todo de mi ponencia, que trataba de la economía doméstica de ejidatarios de El Bajío y de la importancia que habían alcanzado en ella sueldos devengados en Estados Unidos, en particular en la agricultura del estado de California. La ponencia partía de una reflexión en torno a Rosa Luxemburgo y Karl Kautsky y la articulación de modos de producción que permitiría dilucidar cuestiones acerca de la reproducción del trabajo campesino en México y de la acumulación del capital en California. El trabajo enfatizaba las estrategias adoptadas por las familias campesinas para maximizar el envío de trabajadores a California y cómo los dólares ganados ahí subsidiaban no sólo el consumo y reproducción del grupo familiar, sino también a la economía agrícola de la revolución verde impulsada por el Estado.

Wolf, que en esos años elaboraba su libro *Europe and the People without History*, comentó que el tema ya estaba suficientemente tratado y, aunque siempre sería bienvenida más documentación etnográfica acerca de la economía doméstica campesina, lo que le resultaba más interesante, novedoso e imperativo era el tratamiento etnográfico de la economía

agraria capitalista, o sea, de las compañías, empresas y empresarios en California que ocupaban la mano de obra campesina mexicana. Esto requeriría seguir a los trabajadores abajeños a sus lugares de trabajo en California para observarlos, lo cual, en su opinión, permitiría completar el análisis de la conexión de interdependencia que existe entre los campesinos mexicanos y el capital agroindustrial de California, además de someter a revisión crítica las hipótesis de trabajo derivadas de las aportaciones teóricas de Luxemburgo y Kautsky.

En 1981 seguí a California a los trabajadores migrantes abajeños y ahí permanezco, como tantos otros migrantes que nunca imaginaron que se quedarían del otro lado de la frontera. Me dedico al estudio histórico y etnográfico de la agroindustria en California y su persistente e incómoda conexión con

trabajadores mexicanos extraídos temporal o permanentemente del agro mexicano, así como a la reciente formación de nuevas comunidades de mexicanos en el paisaje agrícola de California. Además, desde la Universidad de California en Santa Barbara me dedico a la formación de antropólogos mexicanos y estadounidenses, los impulso para que se dediquen a estos importantes temas de nuestro tiempo. Me consta que Eric Wolf apoyó mi nombramiento académico en California y el primer *grant* —“apoyo financiero”— que recibí de parte del Social Science Research Council para mi investigación en California.

Tengo, pues, una gran deuda intelectual con mi “tío” Eric, aunque nunca fui formalmente su alumno, y un enorme agradecimiento personal por las muchas cosas que hizo para apoyar mi desarrollo personal y profesional. **D**



En el Parque México de la ciudad de México en 1967: sentados, Eric R. Wolf y Carmen Viqueira; de pie, los dos hijos de Wolf, Ángel Palerm y Ángel Palerm Viqueira.

El trabajo e influencia de Eric Wolf

GUSTAVO LINS RIBEIRO

Departamento de Antropología, Universidad de Brasilia,
Brasilia, Brasil
gustavor@unb.br

Traducción: Emelyn Cortés

¡Ésta es una gran ocasión! Quiero agradecer a la profesora Virginia García Acosta, directora general del CIESAS [Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social] por invitarme y agradecer a todos mis colegas, Juan Vicente Palerm, Patricia Torres y a la directora de la biblioteca del CIESAS, Ximena González. También quiero felicitar al Centro por esta iniciativa. Es maravilloso estar aquí con Sydel Silverman, quien fue mi profesora en la década de 1980 en el Programa de Posgrado en Antropología, en la Universidad de la Ciudad de Nueva York. Más tarde, a principios de los noventa, tuve el honor de ser miembro del Consejo Asesor de la Fundación Wenner-Gren para la Investigación Antropológica, cuando Sydel fue presidenta de la Fundación. Y permítanme agregar que ella no sólo fue una extraordinaria presidenta de la Wenner-Gren, fue la primera presidenta después de la mítica figura de Paul Fejos, su fundador, y de Lita Osmundsen. Ellos fueron esposos y durante muchas décadas marcaron el ritmo de la Fundación. Sydel, es un placer estar aquí contigo, verte de nuevo, en especial porque estamos en México, una ciudad tan querida para ti y para Eric. Todavía recuerdo vívidamente el invierno de 1987-1988, cuando era un estudiante de posgrado, terminaba mi tesis doctoral, tú y Eric vinieron a México y me pidieron que cuidara de su casa en un suburbio de Nueva York.

Mi corta intervención es un tributo, un homenaje a la memoria de Eric Wolf, quien fue mi profesor, mi consejero de tesis y mi mentor. Además

me gusta creer que en algún momento nos hicimos amigos. Así que por favor tengan paciencia conmigo si lo que sigue suena subjetivo también. Me dio mucho gusto saber que una parte sustancial de la biblioteca de Eric iba a quedarse aquí en México, en una institución fundada y dirigida por dos de sus mejores amigos mexicanos, los antropólogos Ángel Palerm y Arturo Warman. Wolf, Palerm y Warman, con otras personas como Bonfil Batalla y, en Brasil, Darcy Ribeiro, son representantes de un liderazgo escolar carismático que está lejos de existir hoy. Esto me lleva a preguntar si la existencia de este tipo de académico es posible todavía o si la fase de la burocracia productivista en la cual nos encontramos impide completamente la aparición de este tipo de personajes complejos, que tenían, por ejemplo, una amplia visión de la antropología. Los temas que Eric Wolf estudió, por ejemplo, en *Figurando el poder* y en *Europa y la gente sin historia*, presuponen una visión intelectual que no tiene miedo de mirar al mundo como un todo, como una entidad real, presuponen una visión que trata de entender las experiencias humanas dondequiera como algo variable pero conmensurable. Es una obviedad, pero necesita ser dicha una y otra vez: si las experiencias humanas fueran inconmensurables o completamente únicas y opacas, la antropología sería imposible como proyecto intelectual. Recuerdo que en el clímax de la influencia posmoderna en antropología, Eric dio una conferencia presidencial en una reunión de la AAA [American Anthropological Association]. Eric dijo claramente: el mundo es real. La hiperinterpretación en antropología llegó a un punto en el que admitir que las cosas tienen agencia no es problemático. He llamado a esta disposición “hiperanimismo” o “el retorno del animismo entre los modernos”.

La desaparición de un amplio, digamos, proyecto universalista en antropología es otro tema de preocupación. Por supuesto, no empleo la expresión “universalista” aquí en un sentido ingenuo

y creo en la búsqueda de puntos de vista plurales como una necesidad política en nuestros tiempos. Estoy diciendo que mientras los antropólogos se retiraron de los amplios debates, practicantes de otras disciplinas los han sustituido sin contar con las mismas herramientas que tenemos y que son útiles para construir visiones no eurocéntricas más complejas y críticas.

Pero regresemos a México y a Eric. El grado en que México y los intelectuales mexicanos, en especial antropólogos como Arturo Warman y Ángel Palerm, han influido en el trabajo de Eric todavía es un tema para ser explorado. En efecto, necesitamos saber más acerca de los densos intercambios entre la antropología mexicana y los antropólogos estadounidenses. Estos intercambios son un claro ejemplo de que las relaciones internacionales han sido durante mucho tiempo cruciales para el desarrollo de la disciplina. Permítanme enfatizar: todavía debemos tener en cuenta de una manera más detallada el grado en que los antropólogos e intelectuales mexicanos han influido en la antropología estadounidense. Es indispensable profundizar en cómo el trabajo de Eric Wolf refleja sus experiencias en México, con sus amigos Ángel Palerm y Arturo Warman. Como sabemos, al igual que Palerm y Warman, Wolf fue un antropólogo marxista y el marxismo durante las décadas de los 1960 y 1970 fue una aproximación teórica altamente practicada en América Latina. En aquellos días, recordemos el McCartismo, era mucho más fácil encontrar interlocutores marxistas calificados en la academia mexicana que en Estados Unidos. De hecho, Eric fue visitado por el FBI [Federal Bureau of Investigation] al menos una vez a causa de su cátedra y sus escritos progresistas.

El trabajo e influencia de Eric conforman un universo amplio, resultado de cinco décadas. Además, pienso que Eric unió en su visión del mundo lo mejor de Europa y Estados Unidos. En su juventud fue educado en Austria, pero asistió a las universidades estadounidenses y desarrolló su carrera en

Estados Unidos. Es como si una visión enciclopédica europea se uniera con el pragmatismo estadounidense. Eric, como muchos de su generación, estuvo altamente inmerso en uno de los más importantes momentos históricos de todos los tiempos: la Segunda Guerra Mundial, con su tragedia y los cambios que trajo al sistema mundial. En su juventud, Eric estuvo en un campo de concentración a las afueras de Londres donde conoció a alguien que cambió su vida: Norbert Elias, amigo de toda la vida y otro gran intelectual de habla alemana ocupado en descifrar grandes temas sociológicos, históricos y antropológicos.

Muchos de los libros y artículos de Eric son clásicos. El trabajo de Eric sobre Mesoamérica, *The Sons of the Shaking Earth*, es un libro escrito bellamente y ofrece una amplia y elegante introducción a esta área del mundo. *Los campesinos* cambiaron la manera en que se estudiaba el campesinado en varios países. *Europa y la gente sin historia* es el clímax de una trayectoria intelectual que miró al mundo como una intrincada red de relaciones entre los lugares. Las conexiones son la palabra clave en este libro, considerado por muchos como la obra maestra de Eric.

En el semestre de otoño de 1982, cuando el libro fue lanzado, yo era un estudiante graduado en uno de los varios cursos que tomé con Eric. El curso se llamaba “Working Classes and Peasantries in the World”. Me sentí abrumado por su erudición. Lo que mis colegas y yo desconocíamos era que gran parte de la visión del curso era el punto decisivo de *Europa y la gente sin historia*, tal vez la primera interpretación antropológica de lo que hoy se conoce como “globalización”. Eric era un profesor muy generoso. Leía portugués y revisó una copia que le di de mi tesis de maestría sobre la construcción de Brasilia desde el punto de vista de los trabajadores. De hecho, él quería acreditarme para presentar mi trabajo durante el curso “Working Classes and Peasantries”, pero en ese entonces yo creía que mi

inglés no era tan bueno para hacerlo. En mis primeros días en la Universidad de la Ciudad de Nueva York, en una conversación con él acerca de mis proyectos futuros, mencioné que quería comparar la construcción de Brasilia con la construcción de una gran presa en la selva amazónica de Brasil, porque pensé que estaba a punto de descubrir una forma de producción vinculada a la expansión del capitalismo que, en varios aspectos, es similar a las plantaciones y las haciendas. De hecho, fue la obra de Wolf y Sidney Mintz sobre plantaciones y haciendas la que me motivó a mudarme a Nueva York para estudiar con él. Cuando hablé con Eric acerca de las comparaciones, hizo un comentario que cambió mi vida: “es genial, pero mientras está aquí terminando su trabajo de curso, ¿por qué no estudia la construcción de grandes obras de ingeniería como el Canal de Suez, el Canal de Panamá, los ferrocarriles americanos, etcétera?”. Pensé: “¡Sí! ¿Por qué debería dejar mi imaginación presa dentro de las fronteras de mi país?”. Si hablamos de la expansión capitalista, el mundo es el límite. Después de eso, comencé a estudiar la “globalización” y no he parado desde entonces.

Europa y la gente sin historia es el libro de Eric que más influencia ha tenido en mí. La noción de la segmentación étnica del mercado de trabajo es un importante hallazgo antropológico e histórico. En ella se condensa un vasto conocimiento acerca de la expansión del capitalismo y se muestra cómo diferentes segmentos étnicos han sido puestos en diversos mercados de trabajo con el fin de suministrar el oro constante del capitalismo: mano de obra barata. Por otra parte, la raza y el racismo son el resultado de estas estructuras creadas históricamente. La segmentación étnica del trabajo es una noción adecuada para pensar en grandes unidades de análisis, como Estado-nación, o más pequeñas, como la mano de obra de una fábrica.

Muchos artículos de Eric han sido una poderosa fuente de inspiración. ¿Qué decir de su obra clásica sobre la Virgen de Guadalupe? ¿Y su idea de “intermediarios”? ¿Sus discusiones acerca de los modos de producción, el poder, la antropología y la sociedad? La riqueza y complejidad de la obra de Eric resiste toda simplificación y hace que sea difícil predecir cómo será recordado en el futuro, pero el hecho de que su último libro sea una importante discusión antropológica sobre la naturaleza del poder no puede pasarse por alto. El interés de Wolf en el poder como una forma de organización de las relaciones sociales, políticas, culturales y económicas puede permanecer como su contribución más duradera. Con Eric también aprendimos que el mundo siempre ha sido interconectado. En retrospectiva, puedo pensar que lo que llegó a ser conocido como “la globalización” es sólo la conciencia exacerbada de estas interconexiones.

Sólo quiero añadir algunas notas personales. Además de su erudición, es imposible no decir que Eric era un caballero y una persona humilde. Una vez en una barbacoa, uno de sus vecinos me dijo que nunca se imaginó que Eric fuera una figura tan prominente en su actividad. En el ámbito académico, un campo lleno de egos gigantes, Eric fue una excepción muy bienvenida que me ha enseñado que el conocimiento debe ser compartido y no debe utilizarse como excusa para ser *snob*. En un viaje a Nueva York a mediados de la década de 1980, estaba caminando en el Central Park con Eric. Íbamos a una exposición de pinturas de Magritte en el Museo Metropolitano de Arte. Eric se acercaba a los 60 años y yo a los 30. Le pregunté: “Eric, ahora que estás en los 60, ¿cómo ves la vida?”. Ahora que yo mismo tengo esa edad, miro mi pasado y mi futuro y creo que tuve suerte al conocer a Eric Wolf y aprender mucho de él. ■